

Respuestas de lo real

Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller

PAIDÓS

Jacques-Alain Miller

A painting of a hand holding a red, textured object, possibly a sock or a piece of fabric, against a greenish-yellow background. The hand is rendered in a realistic style with visible skin texture. The red object has a dark, circular opening at the bottom, through which a small, white, cube-like object is visible. The background is a textured, mottled green and yellow.

Jacques-Alain Miller

RESPUESTAS
DE LO REAL

Índice

I. Construcción de lo real	9
II. El sujeto, respuesta de lo real	27
III. La verdad en lo real	41
IV. Conjetura psicoanalítica	59
V. Azar y real	77
VI. La apuesta de Pascal	99
VII. El acto analítico.	119
VIII. Consistencia e inconsistencia	139
IX. Saber y verdad del Otro	155
X. La práctica del psicoanálisis	169
XI. Palabras sobre Winnicott.	183
XII. El genio del psicoanálisis	201
XIII. Lacan, historiador del psicoanálisis	217
XIV. Los complejos familiares.	233
XV. Lacan y la literatura	249
XVI. Recorrido sobre la letra	265
XVII. El concepto de sujeto	281

JACQUES-ALAIN MILLER

XVIII. La transferencia, concepto fundamental.	299
XIX. Dialéctica y estructura.	317
XX. Diario de viaje.	333
XXI. Kohut y la <i>Self Psychology</i>	353
XXII. La tesis de Pierre Bruno.	371
XXIII. Transferencia e interpretación	391
XXIV. Del inconsciente al ello	411
Bibliografía	427

I

Construcción de lo real

Nada es más desesperante que tener cosas que decir. Esta frase la oí ayer en boca de una persona que viene a hablarme – a hablarme de ella – y supongo que es para que yo la dé a luz, que dé a luz lo que en ella es ahí. En psicoanálisis esto se lleva a cabo acostándola, en un diván. Por otra parte, también es posible estar sentados, sólo depende de lo aguda que alcance a ser la resistencia en función del sujeto, lo cual concierne al cuerpo.

Dicenda

Nada es más desesperante que tener algo que decir. Esta persona profiere esta frase con todo el acento de una maldición y desde el lugar del analizante, donde precisamente hay que decir – esto se inscribe en lo concerniente a su anhelo, el de hacer el amor como una bestia. Es un deseo infantil, y a ella no se le escapa que no está a su alcance, sobre todo al alcance de sus *partenaires*, quienes, a pesar de sus súplicas, se ponen sentimentales. Lo cual interfiere con lo que sería el ideal de una copulación feliz y sin palabrerío. Es una persona muy sensible a la degradación que implica para el hombre, es decir, para la especie en general y especialmente para el varón – esta persona es una mujer – tener que expresarse, expresar sus estados de ánimo.

Lo que he llamado una copulación sin palabrerío es lo que ocurre cuando hay relación sexual en una especie viva. Una copulación es entonces concebible porque el *partenaire* sabe lo que tiene que hacer. Es por el hecho de no saberlo que el *partenaire* se encuentra atrapado, parasitado, devorado por lo que podríamos llamar los *dicenda* – esto es latín. *Dicenda*, cosas que hay que decir. Suena un poco como “piraña”, esos pececitos carnívoros.

Esta fatalidad, evidentemente, muy bien puede suscitar interrogantes, porque se sabe lo que viene a continuación. En este punto, al menos, en nuestra

especie viviente no hay ninguna certeza. La incertidumbre es una palabra que tendrá un gran peso este año para nosotros. Sobre otro punto no hay ninguna incertidumbre, porque lo que viene luego es siempre la muerte. La muerte no es incierta, salvo para el psicótico, que puede creerse inmortal. Porque el lenguaje ya se lo está comiendo vivo.

La muerte no es incertidumbre. Entonces, para el difunto ya no hay *dicenda*, sino un montón de bestezuelas que se relevan para limpiarle hasta los huesos. Sin embargo, se ha inventado un más allá de la muerte, se han podido poner ahí un montón de cosas preciosas, por ejemplo, una infinidad de dichos. Pero es lo que nos espera, por así decir, al final de la escalera. El problema es cómo bajarla de la buena manera. Puede uno caerse de cabeza o de culo, puede uno saltarse un escalón. Es muy importante saber bajar tu propia escalera. Por otra parte, debo decir que la escalera ocupa un lugar muy importante, por ejemplo, en el *music hall*. Cuando lo que se dice o se canta habla de amor, siempre hay, en el fondo, alguna escalera. Y cuando se llega abajo, es posible preguntarse: “¿La he bajado bien?”.

A este respecto, voy a decir algo al estilo del ingenio de la escalera, agradeciendo de todas formas al director del Conservatorio Nacional de Artes y Oficios que haya tenido la gentileza, a petición de la Universidad de París VIII, de poner esta sala a disposición de este curso. De esta manera, el psicoanálisis se encuentra junto a lo que se llama “artes y oficios”. Este conservatorio fue fundado durante la Revolución francesa donde había un priorato, por decisión de la Convención. Que el psicoanálisis se encuentre junto a las artes y los oficios nos honra. Evidentemente, debemos actuar de tal modo que nuestra práctica no entre demasiado de prisa en el Museo de Artes y Oficios.

Me encuentro en la posición de tener cosas que decir. Entretanto, he experimentado que esto no provoca necesariamente entusiasmo. Por otra parte, observo que París está lleno de gente que se pasea con pancartas que dicen “Tengo cosas que decir” y, aparentemente, esto les encanta. Por lo que a mí respecta, diría espontáneamente que no es mi caso y que desde que hago este curso es más bien con un sentimiento de obligación, de deber. A veces, con todo, doy la impresión de disfrutar un poquito, pero eso no desmiente que lo haga por deber, al contrario. Es un asunto de superyó. Incluso puedo precisar – porque tengo una idea a este respecto – quién está “sobre mí”. Es el doctor Lacan, más precisamente, su enseñanza. Encima de mí y de algunos otros. Puedo decirles que es un peso, un peso que se puede medir también por la extensión de los seminarios del doctor Lacan, y, después de todo, para mí y esos algunos otros, es como cuando Eneas lleva a Anquises sobre sus hombros en el incendio de Troya.

Este superyó, su forma concreta, son ustedes. Por eso, con mayor razón, me di cuenta de que algunos se toman muy en serio lo que digo. Esto hace que me sienta lejos de tal expectativa. Evidentemente, puedo decirme “¡tú lo has

querido!". Pero ello no impide que uno pueda sentirse el hazmerreír. Volveré a hablar de este "tú lo has querido", porque tiene que ver con el problema de la elección, precisamente; incluso con la elección forzada, que puse de relieve brevemente hace tres semanas, pero frente a otra asamblea. En todo caso, pueden comprender ustedes que, si el deseo se articula como pregunta con un "¿qué quieres?", de todas formas no hay respuesta que pueda eludir un "tú quisiste hacerlo". Es el emblema de todos los juicios finales.

La persona que dijo esta frase: "No hay nada más desesperante que tener algo que decir" se tomaba las cosas, me parece, por el lado conveniente. Se había percatado de la posición de analizante propia del enseñante – este pensamiento le vino cuando se reiniciaron los cursos en el Departamento de Psicoanálisis, escuchando a alguien que no era yo.

Es un tópico lacaniano: el enseñante digno de este nombre habla en posición de analizante. En todo caso, es lo que Lacan decía de sí mismo. Hablar en posición de analizante significa que – si la cosa marcha – él dice lo que no sabe. Decir lo que uno no sabe implica, evidentemente, no saber lo que uno dice.

Sin duda, hay una distancia entre no saber lo que se dice y decir lo que no se sabe. Pero hay que empezar por no saber lo que se dice para poder llegar a decir lo que no se sabe. Evidentemente, son cosas distintas. Y, en el análisis, es preciso que se produzca una transmutación – una transmutación que necesita del analista.

Debo decir que no les aseguro que pueda aguantar hasta las tres de esta manera, porque tengo que vociferar para hacerme oír. Me desgañito intentado llegar a los oídos de la fila superior.

Un analista, por su función, cree en las virtudes de no saber lo que uno dice, ya que a ello invita al analizante. El problema viene cuando eso no le impide expresarse a él, a su vez, acerca del psicoanálisis. Y la literatura analítica está constituida, en gran parte, por este galimatías. Así, para decir lo que no se sabe, hay que tratar de conseguir otra cosa.

¿Cómo se puede decir lo que no se sabe? Es un problema para el enseñante y un problema para el analizante.

Pues bien, se puede dar gato por liebre. Para decir lo que no se sabe, hay que inventarlo. Puede ser, a veces, lo que se llama mitomanía, esto es, lo que conduce a calificar a la histérica de mitómana – ese sujeto cuenta cuentos. No merece por fuerza este calificativo despreciativo de mitómana. Por el contrario, podemos valorizar la mitomanía. Se trata de un sujeto empeñado en decir lo que no sabe, con los medios a su alcance. Después de todo, la comparación con el obsesivo, en este punto, más bien favorece al histérico. El obsesivo tiende más a decir lo que sabe. Necesita cierto aprendizaje en la experiencia para llegar a enfrentarse al abismo que representa decir lo que no sabe. A veces se habla, en relación con él, de un estribillo vacío. Yo diría que es precisamente porque el

histórico es el sujeto empeñado en decir lo que no sabe que abrió el camino del psicoanálisis.

Pero hay todavía otra clase de mitomanía, de la que deberemos volver a hablar en el marco de este curso, para el cual he conservado el título que se me ocurrió al final del año pasado, “Respuestas de lo real”, y que, en un primer momento, casi me hizo recular. Está claro que para dar este curso tengo que mantenerme en el punto más extremo de lo que no sé.

En el marco de este curso, tendremos que hablar de esta especie de mitomanía tan distinta, pseudomitomanía. Podemos llamarla “matemomanía”, la manía o la mitomanía del matema. Me pregunto si todo el mundo ha escrito ya la palabra “matema”. En todo caso, la escribiré aquí. Es una palabra que en verdad no existe – de momento – en francés. Fue el doctor Lacan quien la tomó de *mathema*, convirtiéndola en una palabra francesa. Hace falta un tiempo de aclimatación.

El matema es también mitomanía, en el sentido de que es otro modo de decir lo que no se sabe. Pero, evidentemente, de otra forma, porque quiere decir que, en tal caso, se construye, se inventa en forma de una construcción, incluso de una deducción. Construir, deducir, con significantes que no quieren decir nada. Si el matema debe interesarnos este año, no es sólo el matema analítico. El matema analítico, Lacan mismo lo reconocía como un símil-matema. A menudo tomaba prestados los matemas de las matemáticas. Los más duros provienen de allí – también en psicoanálisis. Si, para este curso, este matema debe interesarnos, es porque, cuando se opera con el matema, se observa un fenómeno del todo singular – precisamente, eso responde del lado de lo real.

Me acerco, paso a paso, a esa expresión recogida el año pasado de un escrito de Lacan – “El atolondradicho” – que Éric Laurent, por su parte, también mencionó en una exposición suya. Digamos que, en principio, es una expresión más bien enigmática – tenderíamos a pensar que lo real no tiene nada que decir. Pues bien, ante el matema tenemos la sensación, nos hace experimentar, que eso responde del lado de lo real.

Nos damos cuenta, cuando tomamos las cosas así, de que el hecho de que responda por ese lado es la ambición más profunda de todo ser humano, que siempre estuvo dispuesto a hacer lo que sea, a romperse la cabeza, para que eso responda. Como prueba de ello, tenemos la práctica llamada “adivinación”. Por otra parte, desde el punto de vista fiscal, no se puede distinguir del psicoanálisis. El Ministerio de Finanzas clasifica a los psicoanalistas junto a las adivinas que echan las cartas. Es una buena observación. En fin, estamos cómodos en el Conservatorio de Artes y Oficios, pero también lo estamos con las que se dedican a la cartomancia.

En efecto, la adivinación es un montaje, un montaje significativo, una creación significativa que puede ser muy variable, pero de todos modos es un dis-

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

positivo que fundamentalmente aísla un espacio. Y este espacio, esta porción de espacio, es interrogado.

Es muy variable. Por ejemplo, tomo de Jean-Pierre Vernant la enumeración de todo el batiburrillo de lo que puede ejercer esa función. Él detalla las vísceras de los animales sacrificados, las figuras trazadas al azar en la arena, en extensiones delimitadas y orientadas de acuerdo con reglas hacia las partes visibles del cielo. Con un bastón, el adivino aislaba una parte del cielo y entonces había que esperar para ver quién iba a pasar por allí. Luego se extraían conclusiones sobre ciertos aspectos del rostro y del cuerpo. Por ejemplo, en la civilización mesopotámica – lo conocemos de segunda o tercera mano, hace mucho tiempo de eso, nadie estuvo allí – si había un señor cuyos pelos del pecho iban en una dirección o en la contraria, pues bien, se podían sacar conclusiones; también de los lunares y otras deformidades. Como ustedes saben, hay objetos destinados a eso: dados, cartas... Se ha inventado un montón de cosas para hacer responder a lo real.

Lejos de que deba parecernos paradójico, consideramos las cosas a partir de allí. Nos damos cuenta de que nos pasamos el tiempo haciendo eso, buscando respuestas de lo real. Digamos que este montón heteróclito de cosas que tomo de Vernant es una enumeración de lo que Lacan llamaba “pedazos de real”.

En la Antigua Grecia era distinto, porque pasaba más bien por la vía de la palabra. Hay un estudio muy esclarecedor, de alguien llamado Roland Crahay, que muestra que la esencia de lo que se buscaba con los oráculos no era predecir el futuro. Por otra parte, lo que se pone de manifiesto en los griegos es una excepción. Cuando hay una respuesta, es más bien una invitación a las malas interpretaciones, a que se entienda mal. Roland Crahay los clasifica como equívocos, juegos de palabras, enigmas. Podría darles un montón de ejemplos, creo que es algo bastante conocido. En todo caso, está lleno de historias de esta clase en Heródoto.

El oráculo no era en verdad una profecía, una predicción del futuro. Si sólo se tratara de eso, nos parecería muy alejado, por ejemplo, del psicoanálisis. Pero, precisamente, como indica con mucha fineza Roland Crahay, la gente acudía más bien en busca de una caución, para confirmar que lo que tenía intención de hacer no iba contra el orden divino.

Esto sí nos dice algo. El psicoanalista sería un pobre adivino, pero, ante todo, hace de garante. Lo esencial de su acto es hacerse pasar por el Otro de la garantía, da fe de que se puede ir allí. A este respecto, muy bien podemos llamar al analista “el garante”. Ahí se introduce muy fácilmente la posición de sujeto supuesto saber, de la que Lacan hace el eje de la transferencia.

En la adivinación, el papel del sujeto supuesto saber está claro – es aquel a quien se le supone saber responder a pedazos de real. El oráculo no dice el destino, tampoco lo oculta, sino que lo significa, si se quiere traducir así el término

de Heráclito *semainein*, el que hace signo – significa que hace ver bajo un velo. El francés resulta muy bien, *vois(s)-le*,¹ con las dos ortografías. Así, lo oscuro, lo opaco, presentifica la opacidad misma de ese destino.

En el fondo, el que hace función de oráculo aporta al consultante un significante, pero un significante que él mismo debe descifrar, como se ve en todas las historias sobre oráculos.

Si evoco el oráculo es porque es, absolutamente, lo que yo llamo una respuesta de lo real, en el sentido griego. Hay que insistir en esto, porque los romanos, cuando el Imperio adquirió algo de consistencia burocrática, pusieron fin a toda adivinación, incluso en las consultas privadas de adivinación, no sólo en las prácticas públicas. Ya no podía ir uno a consultar a su adivino, se arriesgaba a ser severamente castigado. Como se ve, eso es totalitario. Un poder totalitario no puede admitir que se sitúe al sujeto supuesto saber allí, en lo privado, y que se vaya a buscar una respuesta de lo real a todo trapo, sea como sea. Por el contrario, la respuesta de lo real es especialmente objeto de un reglamento.

En el caso de los griegos, a esta idea de que el oráculo es respuesta de lo real se puede objetar que lo más a menudo sus respuestas son atribuidas a tal o a cual dios. Se les consulta por su nombre, de acuerdo con su especialidad. Esto no constituye una objeción si se admite, con Lacan, que los dioses pertenecen a lo real. Lo digo para iniciarlos en esta frase, presentada como un aforismo de Lacan, pero que no lo es. Por el contrario, se inscribe en la articulación de su enseñanza. Con todo esto de las respuestas de lo real, hubiera sido un problema si hubiera dicho que los dioses son imaginarios. Aquí los dioses pertenecen a lo real y, por tanto, el oráculo es una respuesta de lo real.

Magia y ciencia

Evidentemente, esto tiene que ver con la idea, antigua, de que lo real es parlanchín. De todas formas, no hay que confundir la práctica oracular con la magia. Como dije el año pasado a partir del último texto incluido en la recopilación de los *Escritos*, “La ciencia y la verdad”, la magia también tiene que ver con las respuestas de lo real, como se puede ver cuando se dispone de esta clave. En este texto, Lacan se refiere a la magia: “supone el significante que responde como tal al significante. El significante en la naturaleza es llamado por el significante del encantamiento”. O sea que se extrae algo del significante que tiene función de llamada y luego se supone que algo se mueve, se pone a

1. *Voile* (velo) suena como *vois-le* (“velo”, en el sentido de “ve eso que hay aquí”). [N. de T.]

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

enviar signos en la naturaleza – trueno, lluvia, meteoros, milagros, incluso el propio cuerpo responde. Es así como la magia, si se quiere, también moviliza una respuesta de lo real para responder. El año pasado insistí en esta frase de Lacan: “La Cosa, en tanto que habla, responde a nuestras amonestaciones”.

Volveré a comentar esta frase, muy importante en relación con lo que nos ocupa este año sobre una respuesta de lo real. Evidentemente, la magia también da, de algún modo, una respuesta de lo real, pero es un real que consiente, es dócil, hace lo que se le pide, lo que se le dice que haga. Por eso en este pasaje Lacan no dice “real”, dice “naturaleza”, habla de la Cosa, que allí responde más bien bajo la modalidad de la reacción – que ya distinguí el año pasado – que como respuesta articulada.

La práctica mágica no deja lugar, en absoluto, para lo que emerge en la práctica oracular, que, por el contrario, es desciframiento, interpretación del signo dado. Con todo, pueden apreciar que hay una distancia entre hacer que se produzca en lo real, que surja en lo real el oráculo deseado y el hecho de que te llegue un enunciado enigmático. Luego hay que ser un Temístocles para darse cuenta de que el muro de madera debe ser la flota griega, no una empalizada. En la magia no se tiene la idea de este equívoco.

De modo que dejaremos la magia un poco de lado. Se trata de respuesta, también, pero no, en verdad, de respuesta de lo real. Por otra parte, parece muy sencillo, porque para que haya respuesta de lo real es preciso que no todo sea posible. Si todo es posible, ya no hay real. El aforismo de Lacan “Lo real es lo imposible”, al que le podemos poner rostros muy diversos, nos lo sirve en bandeja. Es decir, muestra cuál es la forma más sencilla de definir lo real. Lo real se aborda a partir de lo imposible. No hay más que plantear la hipótesis contraria – si todo es posible, ya nada es real.

Dejando un poco de lado la magia – por la mejor razón del mundo, a saber, la definición de lo real, de la que, como mínimo, debemos partir –, el psicoanálisis es oracular en su práctica. Nunca se desmintió, a lo largo de la enseñanza de Lacan, el parentesco que él establece, incluso la identidad, entre la interpretación y el oráculo. Hay que tomarlo con una pizca de humor, o bien hay que tomarse también muy en serio el oráculo antiguo.

Siempre nos resulta difícil comprender que asimismo está en juego el destino de los Estados. Esto me parece de lo más serio. El destino de Estados enteros podía depender de una buena interpretación del oráculo. Cuestión de vida o muerte – eso también me parece un asunto de mucha importancia. Ahora es distinto, claro está, pero sigue siendo un asunto de vida o muerte. Finalmente, con la pregunta sobre qué es lo que en verdad han querido decir uno en Moscú o el otro en Washington se ve que no se comprenden, o que, si se produce una mala interpretación del oráculo emitido desde el otro lado, eso puede tener consecuencias molestas, como con la pared de madera del oráculo de Atenas.

Es obvio que, en nuestra época, todo esto adquiere un cariz intersubjetivo. Por ejemplo, lo llaman disuasión. No porque tenga este aspecto intersubjetivo deja de ser, para nosotros, del orden de una respuesta de lo real.

En este punto habría que empezar a cambiar un poco la concepción que tenemos de lo real, porque – voy paso a paso – podría hacer explotar, no una bomba atómica, pero sí lo que van arrastrando por el lodo desde hace algún tiempo, a saber, lo real en el sentido de Lacan. Lo han arrastrado por el lodo porque lo habían puesto en un pedestal.

Hay que ver cómo hablan de lo real los psicoanalistas. Están persuadidos de que lo real es algo sólido, fuerte, no es quincalla. Evidentemente, lo imaginario da vueltas, hay espejos, etc. Lo simbólico es dialéctico, un día es blanco, otro día es negro. Pero lo real, en fin, con eso sí se puede fundar cierta seguridad. Esto, por otra parte, me hizo dudar sobre si poner “real” en el título, porque es algo que se ha extendido mucho. Pero, precisamente, me dije: para que tenga algún efecto sobre la idea que se hacen de lo real en psicoanálisis, hay que ponerlo también en el título, de lo contrario no se darían cuenta.

El psicoanálisis, oracular en su práctica, ¿cómo se inscribe? Diría que se impone una primera elección para el psicoanálisis, al menos para un psicoanalista. La elección es entre acercar su práctica oracular a la magia – hay cosas que llevan a hacerlo, a veces el analizante te anima a ir en esa dirección – o a la ciencia. A la magia se acerca cuando eso se mueve sin saber cómo. Y allí el sujeto histérico trabaja seriamente para ponerse en ese estado, con todos los testimonios de lo que se produce en el soporte corporal, donde eso produce un efecto terrible. Son testimonios que da el sujeto histérico sobre las respuestas que observa en lo que cree que es lo real de su cuerpo. Esto, evidentemente, aproxima el psicoanálisis a la magia, hacia la magia de la palabra.

La otra elección es la ciencia. Aunque hay elección, considero que el psicoanalista no tiene elección, o sea que su elección es forzada. En todo caso, es la posición de Lacan, porque el psicoanálisis está determinado, condicionado por la ciencia. Por supuesto, no tenemos nada que tomar del cientificismo freudiano y su idea de que el psicoanálisis podría ser incluido entre las ciencias de la naturaleza. Este era su horizonte. No tenemos nada que tomar de eso, pero el psicoanálisis no puede sino orientarse con respecto a la ciencia.

En primer lugar, porque hay que pasar por la ciencia para que haya imposible. No hay real sin imposible, esto da a lo real su valor de tope. Por eso, por otra parte, creen que lo real es un mazacote, que lo real es de hormigón. Efectivamente, lo real tiene valor de tope, pero hay muchos otros topes aparte de darse con la cabeza contra las paredes. En general, cuando uno topa con la cabeza contra la pared, es porque uno topa con otra cosa muy distinta. Entonces uno se tranquiliza al dar contra el muro, mientras que un real que hace de tope sin ser como un muro, eso es mucho más difícil.

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

Para la ciencia, lo real es puesto a prueba mediante el significante – no quiere decir nada. Pero, en primer lugar, esto supone que lo real no quiere decir nada. Por supuesto, hay científicos que piensan, que desarrollan todo lo que querría decir lo real, pero da lo mismo. Por ejemplo, hay una cabeza de turco que a Lacan le encantaba especialmente: Teilhard de Chardin, quien estaba persuadido de saber perfectamente lo que lo real quería decir. Lo real quería decir que su creación suprema era el nombre. Y, especialmente, lo real aspiraba al punto omega. Podríamos tratar eso como una psicosis científica. Para mí es un delirio. Digo psicosis porque, efectivamente, en la psicosis – hay que destacarlo – hay respuestas de lo real. En todo caso, hay un real que significa algo con fuerza, no exactamente porque responda, sino porque causa – causa, y el sujeto no puede evitarlo.

Por tanto, ya es tranquilizador cuando nos encontramos más bien en la problemática de respuesta de lo real. Eso nos da una idea, más o menos exacta, de que si no le planteas preguntas te deja en paz, si uno no le hace cosquillas con interrogatorios, no responderá. Sólo hay un problema, que mencioné el año pasado, y es que en psicoanálisis se considera que las respuestas preceden a las preguntas.

Aquí los invito a retomar desde este punto de vista las páginas que Lacan consagra a esto en el *Seminario 3: Las psicosis*. No es casualidad que Lacan dedique ahí tanto espacio a la cuestión de la ciencia. Hay una razón para ello – la ciencia es lo que, en nuestra historia, hizo callar a lo real. Y así, haciéndolo callar, constituyó lo real propiamente dicho, a partir de lo imposible.

También hay referencias de antes de Lacan. Cierta matemático dijo que en los cielos ya no había más que silencio. No cualquier matemático, sino alguien que operó en el corazón de este asunto – la respuesta de lo real – y dijo que en los cielos no había más que silencio. Que ya no hay más que silencio en los cielos pondría de relieve que antes estaban repletos del susurro de palabras, llenos de mentiras, de significantes, sin que por ello se tratara de una psicosis colectiva. No lo creían del todo. La división del sujeto con respecto a la creencia tampoco es una novedad.

Lo real es, sin duda, una categoría introducida por Lacan en el psicoanálisis. Hay que ver bien de dónde viene. De otro modo, no podríamos hablar del “objeto real”, ni del objeto voz. Por lo general, se plantea, como ya he dicho, como si se tratara de una roca. Finalmente, me pregunto si lo que hacen volver bajo el nombre del real de Lacan no es la vieja historia del en-sí sartriano. Quiero decir que este en-sí es lo que es y se distingue del para-sí, en la definición de Sartre, que no es lo que es y es lo que no es. De modo que no se llevan bien el uno con el otro. Uno de ellos, el en-sí de Sartre, es del todo liso, no tiene falla. Y luego está su ser para-sí, finalmente, que es pura pesadumbre. Y cuando ambos se mezclan, todo resulta un poco pegajoso. Por otra parte, hay una muy bella

descripción de esto en *El ser y la nada*, precisamente de lo que ocurre cuando el agujero para-sí se pasea por el en-sí – desde luego, no es nada apetecible.

Este en-sí, cuando está solo, carece de interior. Lo he releído para ver si era así como se tiende a tomar lo real, como un en-sí sin secreto alguno, macizo y del que se puede decir que es lo que es, pero también que no es lo que no es. O sea, algo plenamente positivo, sin aspereza, ni siquiera alguna que permita decir que no es lo que no es. Sería lo lleno positivo, sin alteridad. En sus parajes no es posible introducir la negación, por lo que no puede sostener ninguna relación con el Otro.

Sería molesto que, en definitiva, con lo real urdido por Lacan llegáramos a la idea de este en-sí bobalicón, una categoría en la se trata, nada más y nada menos, de algo que ni siquiera es lo que no es, con lo que todo el interés recae en las aventuras del para-sí.

Por nuestra parte, ¿qué podríamos hacer con este en-sí? Sartre dice que no es ni posible, ni imposible, no puede ser derivado de nada, ni de lo necesario ni de lo imposible. Hay allí casi, si se quiere, una teología negativa del en-sí, pero que al mismo tiempo resulta ser un puro positivo.

¿Acaso el real del que se trataría en la experiencia psicoanalítica podría ser plenamente positivado? Pues bien, no creo aventurado decir que no, en absoluto. No porque lo real haga de tope corresponde al fantasma del en-sí, aunque tampoco al real de la ciencia.

Lacan consiguió fascinar a los psicoanalistas, así como a algunos otros, con lo real, pero aparentemente hay algo que cojea en el planteamiento de este término. Diría que para él mismo es efecto de una construcción. El real que encontramos evocado en el “Informe de Roma” es todavía un real sumario. Por otra parte, no distingue entre la realidad y lo real, distinción que luego será esencial.

¿De qué modo lo considera? En definitiva, en lo esencial, lo real es lo que permanece fuera de la experiencia analítica; de lo real no nos ocupamos, nos aislamos de él, en el mismo sentido en que, en la adivinación, se trata de aislarse para obtener una respuesta de lo real en-sí. Hasta tal punto que Lacan puede negar la función de lo real en la experiencia analítica por el solo hecho de que no llevamos a cabo investigaciones concretas sobre el pasado, e incluso los esfuerzos de Freud para determinar los datos biográficos del Hombre de los Lobos demuestran una práctica todavía rudimentaria. Con esto basta para señalar que, para Lacan, en aquella época, en el análisis se toma distancia con respecto a lo real.

Es obvio que la anamnesis no es una investigación policial, pero, no obstante, a veces el neurótico encuentra en la novela policíaca el modo de alentar sus expectativas en lo referente a la solución de su deseo.

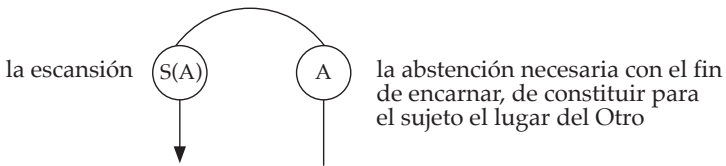
En el “Informe de Roma”, al comienzo de su enseñanza, para Lacan sólo hay en la experiencia analítica dos puntos de juntura con lo real. Resulta divertido

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

ver de cuáles se trata. Para abordar este punto, deja de lado las intervenciones en la realidad, las intervenciones propias de la práctica activa, que se deben distinguir de las respuestas de lo real. Esto remite a prácticas puestas de moda en el psicoanálisis por Ferenczi.

Dejando de lado estas intervenciones activas en la experiencia analítica, Lacan ve dos puntos donde lo real interviene en la experiencia analítica. El primero, dice, es la abstención del analista, el hecho de que se retenga, se retenga en lo que se refiere a hacer y a decir – lo que en la época se llamaba “neutralidad benevolente”. En segundo lugar – dense cuenta –, la función del tiempo, ante todo la escansión, la puntuación de la interpretación. Esto es lo más claro del texto.

Estos dos puntos de enganche son, de hecho, para él, junturas de lo simbólico y lo real. Esto se vuelve a encontrar, en definitiva, bajo otra forma, en sus esquemas.



Los dos puntos que aísla de este modo corresponden a puntos clave de su grafo. La abstención necesaria para constituir, para encarnar el Otro, en A, y la escansión, que comenté un poco el año pasado, está inscrita aquí como s(A). La doble juntura indicada en los *Escritos*, página 298, es, pues el esbozo de lo que convertirá, algunos años más tarde, en la armadura misma de su grafo.

Aquí, la abstención del analista constituye un elemento de real, y – así es como hay que entenderlo – es un punto donde lo simbólico – leamos aquí “Función y campo de la palabra y del lenguaje” – topa efectivamente con un tope, el tope de todo el blablá que se vierte en el psicoanálisis. Esto es lo que él llama “rechazo de responder”.

Esto nos invita a estar alerta para ver el hilo que recorre todo esto, como los guijarros de Pulgarcito, cuyo eje es ciertamente este asunto de respuesta. La negativa a responder por principio, no por mala voluntad – ¡pero la mala voluntad también puede ayudar, por qué no!

La negativa a responder es precisamente un punto de juntura. Lacan añade que se funda en la convicción del analista, la convicción – debida a su función – de que todo lo que es real es racional. Volveremos a hablar de este punto, ya que es el fundamento de la posición del analista como sujeto supuesto saber. Esta es su posición, aunque por otra parte sabe muy bien que no todo lo que es real es racional. Y, desde Freud, la razón ha recorrido un trecho. Sea como sea,

la presencia de lo real en la experiencia de Lacan está conectada, de entrada, con esta cuestión de la respuesta.

La negativa a responder, por tanto, como primer punto. Ahí es donde se manifiesta ya la presencia de lo real en el aporte de la enseñanza de Lacan. De entrada, está conectado con la respuesta. La negativa a responder y, en segundo lugar, la función del tiempo, relacionada precisamente con el momento en que responde. La negativa a responder y la escansión de la respuesta. A este propósito, Lacan desarrolla la justificación más extensa que nunca haya dado de su práctica de la sesión corta.

Hay que poner en claro este asunto de respuesta de lo real, porque pasa electivamente por esto. A eso remite esta página.

Por otra parte, hay un tercer factor en reserva, en el que lo real se conjuga también con lo simbólico, que es el “don de dinero”. No me extenderé sobre este punto, lo dejaré para más adelante. De momento, estoy recorriendo un poco el paisaje. En todo caso, tiene todo su valor para nosotros que, desde el inicio de la enseñanza de Lacan, lo real y la respuesta están conjugados de este modo – respuesta negada, respuesta retenida y luego respuesta dada, respuesta puntuada.

Evidentemente, hay que decir que esto se moverá muy rápidamente en Lacan, como lo verán en los *Escritos*, cuando lo retoma en su “Introducción” y su “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite”. Enseguida introduce una idea más fina de lo real, cuando lo define como el “dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización”. Lo hace a propósito del Hombre de los Lobos. Se ve llevado a estudiar la alucinación – o pseudoalucinación – y, por tanto, a plantear que lo no simbolizado reaparece en lo real como “puntuación de su texto”. Esto es del todo conforme a lo que antes había planteado, que lo real tiene que ver con las puntuaciones. En el análisis, precisamente, la cuestión de lo real se vuelve más aguda, especialmente aguda, para situar el fin del análisis, porque, si hay una escansión que tiene su peso, es esta.

Evidentemente, aquí el real de Lacan se parece todavía un poquito al en-sí. Lacan retoma términos sartrianos, aunque los modifica, haciendo de lo real lo que es “idéntico a su existencia” – esto es un eco de *El ser y la nada*. Pero se refiere a él como si en la psicosis hablara solo, lo cual no es del todo conforme al existencial sartriano como idéntico a su existencia.

Que la psicosis sea también un asunto de respuesta, lo vemos desde los albores de su enseñanza, en los años 1953-1954. Podemos leer “El atolondradicho”, que es un texto de 1972, donde leemos, a propósito de la alucinación: “la respuesta dada por lo percibido en la psicosis”. Los desafío a entenderlo, salvo que reconstruyan un poco este paisaje que les estoy esbozando. Los desafío a hacerlo porque yo, durante diez años, no entendí por qué aparecía ahí la palabra “respuesta”.

Por otra parte, en “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite” también define otra interferencia entre lo simbólico y lo real, otra modalidad, el *acting-out*, que

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

sería una “reacción” – esto haría pensar también en una respuesta. Pero una reacción que atribuye ¿a qué? La atribuye al hecho de que el analista no plantea las buenas preguntas. ¡El analista no plantea las buenas preguntas! En vez de plantear las preguntas adecuadas, plantea preguntas a las que debería responder él mismo. Entonces, dice Lacan, puede uno ganarse “respuestas bien incongruentes”.

En verdad es muy divertido, una vez que uno tiene estas pequeñas brújulas. De repente, términos que pasan del todo desapercibidos como “responder” y “respuesta”, se ponen a titilar en los textos. Y uno se da cuenta de que estaban ahí desde siempre.

Saber en lo real

Con respecto a lo real, uno cree estar en paz con Lacan recordando aquello de que “vuelve siempre al mismo lugar” y retoma su ejemplo astronómico, cuando dice que desde siempre se ha situado lo real a partir de allí, de los astros. Eso sería lo que hace que vuelva siempre al mismo lugar, infaliblemente.

Resulta muy tranquilizador. Por supuesto, Lacan sigue diciendo que eso vuelve al mismo lugar, aunque hace falta saber cuál. Porque si nos conformamos con que vuelva al mismo lugar, imaginamos que se mantiene bien en su lugar, que no va a desengancharse. Esto es lo que se espera, que lo real no se mueva, ¡que haga caso de una vez! En el *Seminario 3*, Lacan menciona las ceremonias de apertura de las estaciones y recuerda que Granet desarrolló extensamente los sentidos cósmicos de las operaciones que en la China antigua consistían en ayudar a lo real a funcionar. De modo que era necesario que los seres hablantes se hicieran agentes del retorno a lo real al mismo lugar. Era necesario que se comprometieran activamente, multiplicando los semblantes para acompañarlo. Por supuesto, es posible preguntarse si los antiguos, si los chinos creían en sus ceremonias. ¿Creían tanto los griegos en sus mitos? Evidentemente, la creencia está profundamente dividida. Por tanto, se podría decir que, por una parte, creían que dos días por semana las ovejas no serían devoradas porque los dioses que lo hacían se ausentaban – esa era la creencia – pero, por otra parte, guardaban sus ovejas, porque no querían arriesgarse.

Esta división con respecto a la creencia es, si ustedes quieren, la regla. En este punto, me parece que no hay que dejarse llevar por esa creencia que consiste en subrayar que todo es semblante.

El real que vuelve al mismo lugar – primero para constituirse, luego para volver al mismo y solo lugar –, requirió hacer callar a los espacios infinitos. Tienen esto en el *Seminario 3*. ¿Por qué no hablan los planetas? ¡No porque no tengan boca!

No hablan – véanlo en el seminario – porque la ciencia hizo que los cielos dejaran de hablar. Esto se debe a una invención científica, bautizada por Lacan como “el significante que no quiere decir nada”. Se enorgullecía de él, porque lo recordó varias veces, también lo escribió varias veces. Lo dijo el 11 de abril de 1956 en el seminario sobre *Las psicosis*. Es el significante asemántico.

Evidentemente, el significante asemántico es lo contrario del significante *semaiein*, portador, precisamente, del querer decir. El significante asemántico es lo contrario del significante “semáforo”. Pero la cuestión es saber manejar los significantes asemánticos. Son las letritas de la lógica matemática, de las fórmulas matemáticas. Se han buscado todas las formas posibles de hacer significar a los números, de inventarles significaciones. Como tales, no apelan – digámoslo con el término de Lacan – al *jouissens*. Si tienen efectos de sentido, como tales no son efectos de sentido gozado. Por supuesto, hay quien intenta gozar con eso.

Tal es la condición para que se llegue a encontrar el saber que está en lo real. Se intenta descubrirlo y la escritura matemática mostró ser necesaria para conseguirlo. O sea, se descubre que la naturaleza está escrita en lenguaje matemático. Es lo que Lacan traduce como “saber en lo real”.

Ahora bien, ¿la ciencia descubre un sujeto en lo real? En todo caso, la tesis de Lacan es que lo que concierne al discurso analítico es que el sujeto, como efecto de significación, es respuesta de lo real: “El discurso analítico concierne al sujeto, el que, como efecto de significación, es respuesta de lo real”.

¿Es así para la ciencia? Sin duda, se puede plantear esta pregunta, no es tan tonto hacerlo.

Partimos de que el significante vale para otro significante, tal es la definición conocida desde Saussure. La cuestión que se plantea, como lo toma Lacan, es cómo puede ser que un significante que está articulado con otro resulte que representa a un sujeto. ¿Qué hace falta para que esto ocurra?

Evidentemente, en la ciencia lo real responde. Responde porque hay saber en lo real, responde porque hay significante. Estamos obligados a decir que está ya en lo real. Entonces se toman medidas, se comprueba si hay constancias. Y se ve que es posible calcular una medida de la gravitación. Esto son respuestas de lo real. Sobre todo, se comprueba – hizo falta tiempo para eso – que es posible enviar objetos al espacio y que estos funcionen como estaba previsto. En el fondo, antes de que se hiciera – antes del Sputnik – no se podía estar tan seguro.

Así, para la ciencia lo real responde, porque hay saber allí dentro y todo depende de la pregunta que se le plantee. Hay que plantear las preguntas adecuadas, plantearle preguntas en su lenguaje. En esto la ciencia habla el lenguaje del Otro, el lenguaje del Otro del saber en lo real. Pero entonces, ¿hay un sujeto, habría un sujeto en el discurso científico, un sujeto que, como efecto de significación, sería respuesta de lo real? En primer lugar, no se podría decir que esto

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

le concierna al discurso científico, porque no se ocupa del asunto. Aun en el caso de que haya algún sujeto, no le concierne.

¿Pero por qué no decir que, de todas formas, el significante tiene efecto de significación? Lo sabemos a partir de la estructura de la metáfora. Aunque haya un significante, un significante solo, ya se plantea la pregunta de lo que, en el fondo, sería significar – ya es un significante por descifrar.

Entonces, ¿qué es lo que lo descifra? La teoría general ya la conocen. Para que se descifre, es preciso que pase debajo, que quede borrado, barrado. Y luego, que haya otro significante implantado en su lugar.

$$\frac{\$}{x}$$

y luego

$$\frac{S'}{\$} \quad \frac{\$}{x}$$

Basta con que se implante uno nuevo para que se observe aquí, en x , un efecto de significación. Por otra parte – digámoslo entre paréntesis –, lo que hace que el sujeto, en el sentido de Lacan, se escriba con una $\$$, es que no hay para el sujeto un significante mejor que un significante de menos, la elisión de un significante.

Para ir deprisa, el sujeto supuesto saber, en la ciencia, no emerge de otro modo. Así es como emerge en la ciencia el sujeto supuesto saber – el sujeto saber de la ciencia, en la ciencia. Si es un sujeto supuesto saber, es porque se supone que se puede sostener y, en particular, mantenerse en su lugar, honradamente, de algún modo. Por eso el paso por el Dios engañador de Descartes es esencial para la instauración de la ciencia moderna. Es tan esencial – Lacan lo indica – que para Einstein era preciso que Dios fuese honrado. Se ve bien lo que, para la ciencia, ocupa el lugar de esta elisión, de esta barra del significante. Lo que está barrado son significantes naturales, de tal modo que retornan en lenguaje de la matemática, por ejemplo. De hecho, se barran significantes naturales para producir cifras más allá del goce-sentido – esto es casi una cita de Lacan.

Cuando se introduce en este lugar el significante asemántico, hay de todas formas un efecto de significación, que es la significación de saber. Nada impone tanto la significación de saber como algo de lo que uno no entiende nada. Es precisamente la opacidad de una articulación significativa lo que impone la presencia del saber, lo que lo significa. Tiene que resistirse un poco, tiene que ser opaco.

Yo, que tengo la reputación de ser claro, trato de serlo un poco menos. Precisamente, cuando soy claro, me dicen: “Esto ya lo sabía”. Entonces, no hace

falta ser muy crédulo para que un significante asemántico tenga, sea como sea, una significación de saber. Sólo que, en la ciencia, se imaginan – ¡cosa extraordinaria como suposición! – que se las tienen que ver con un *partenaire* que verdaderamente sabe lo que hace, conoce las reglas del juego y las respeta. Lacan empleaba este término, se trata de un verdadero acto de fe. En lo que a la ciencia se refiere, estás persuadido de que tienes un *partenaire* y de que el *partenaire* respeta las reglas del juego.

Hay que decir que el psicoanalista también juega este juego, juega a sostener que nada es sin razón y que todo lo real es racional. Esto es lo que justifica la consigna psicoanalítica de seguir adelante sin saber lo que se dice, sin detenerse. En el fondo, esto es lo que hace que, a partir del significante de la transferencia, se produzca este efecto de significación. Y este efecto de significación es el sujeto supuesto saber. Es una significación de saber.

Lo curioso en el psicoanálisis – esto es lo diferente de la ciencia, al menos hasta ahora – es que en el psicoanálisis nos damos cuenta de que operamos sobre el hecho de que el sujeto, ese efecto de significación, emerge en lo real. Lo que veremos es su marca.

Es cierto que en las reglas analíticas este sujeto, $\$$, no se queda ahí, educado y quietito en su rincón, respetando las reglas del juego. Al contrario. Y esto se ve desde el inicio del análisis en la emergencia del sujeto en lo real. Emerge, a veces, con diversas clases de infracción, incluso diversos tipos de pérdida, que pueden ser angustiantes. Emerge también en los sueños y puede hacerlo directamente en lo real en forma del *acting-out*. En todo caso, emerge en el inconsciente, o sea, en la articulación de los significantes, en el lapsus. Se hace ver, en el saber inconsciente, como efecto de significación.

Esto no es lo que se dice que es el discurso científico. En el discurso científico no ocurre que, de repente, la agujita se ponga a vacilar. Al contrario, la aguja se mantiene. Hay, ciertamente, un efecto de significación que se produce como significación del saber, pero no constituye una respuesta de lo real. Lo que surge como respuesta de lo real es firme, no son errancias o tropiezos, sino constantes, no es el sujeto como respuesta de lo real.

Esto moviliza el sujeto supuesto saber. Antes de que surja el sujeto como respuesta de lo real, está estrictamente indeterminado. Ahí surgen las cuestiones que nos planteamos sobre la incertidumbre y la invención.

Esta frase de Lacan, “el sujeto que, como efecto de significación, es respuesta de lo real”, el año pasado me daba la sensación de que era algo complicado. Pero hay que darse cuenta de que en verdad el sujeto – o sea, las distintas elisiones que se pasean por ahí, que se desplazan – es todo lo que tenemos como respuesta de lo real. Y en la interpretación, no hacemos más que redoblar esta respuesta de lo real.

Lo que Lacan subraya en esta página de los *Escritos* es que sólo damos la respuesta cuando el sujeto ya está ahí. Lo hacemos según la fórmula de la

CONSTRUCCIÓN DE LO REAL

comunicación invertida, de acuerdo con la cual es el receptor el que emite el mensaje. A este respecto, lo real en psicoanálisis no tiene nada que ver con lo real en-sí; tampoco tiene nada que ver con lo real de la ciencia, que siempre dice la verdad y que dice toda la verdad, con solo que se le planteen las preguntas adecuadas. ¿Qué es la respuesta de lo real en el psicoanálisis, si esta respuesta es el sujeto y sólo eso? Si la respuesta de lo real es el sujeto, sabemos qué es lo que podemos esperar de él. La respuesta es: ...una mentira ¡Será como una bomba atómica cuando nos hagamos una mínima idea de lo que hay detrás de este asunto de lo real en psicoanálisis!

Hay que admitir, hay que dar todo su peso y su valor al hecho de que lo real miente. Lo cual no le impide hacer de tope. ¡Y hasta qué punto! Pero aquí, nada que ver con el real estable y sólido que se encontraría siempre en el mismo lugar y se mantendría tranquilo.

Por otra parte, ¿cómo emerge el sujeto como efecto de significación en cuanto respuesta de lo real, sino como efecto de significación en la transferencia, es decir, en el amor de transferencia? Y si eso no es mentira...

Es posible imaginar que en la ciencia hay trazas de esto, por ejemplo, con el principio de incertidumbre de Heisenberg. Este implica pensar que habría como una escisión en los datos, de modo que sería casi como un sujeto como respuesta de lo real. Lacan lo menciona en el *Seminario 3*, para decir que, evidentemente, en este caso hay partículas que no responden allí donde se las interroga. ¿Qué ocurriría si los átomos mintieran?

Pues bien, esta es, en este momento, la pregunta que se plantea. ¿Y cómo no se la iban a plantear los psicoanalistas? No se trata de distinguir la mentira de lo real, porque entonces bastaría con confundir lo real con lo verdadero. Si tiene sentido utilizar la categoría de lo real, es precisamente porque en psicoanálisis el Dios mentiroso no está forcluido. Si bien el psicoanálisis, con su sujeto supuesto saber, declara forcluido el dios mentiroso, lo reintroduce en el mejor lugar. Freud lo dijo muy bien a propósito de la histérica cuando habló de la *proton pseudos*, la mentira original del histérico.

Esto vale para el sujeto como tal. El sujeto como respuesta de lo real es esto, *proton pseudos*. Evidentemente, es algo que emerge de formas muy diversas, a veces como lo que el sujeto deplora – que ignora la verdad de su ser, que no es más que farsa y semblante... Es ahí donde le corresponde al psicoanalista saber que eso es una respuesta de lo real. Y cómo no darse cuenta, cuando precisamente es lo que conduce al histérico a desafiar lo imposible, o sea, a ignorar lo que se imagina que es la realidad. Pues bien, retomaré la próxima vez estos asuntos de respuestas fallidas, que son necesarias para situar convenientemente las propias categorías clínicas.

9 de noviembre de 1983